ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LA CARA Y LOS HECHOS,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. RICARDO DE LA VEGA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1873.

LA CARA Y LOS HECHOS,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON RICARDO DE LA VEGA.

Estrenada en el Teatro de Variedades en la noche del 28 de Octubre de 1873.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL	Srta. D.ª Trinidad Vedi[illegible]
AMALIA	Luisa Rodriguez
PEPA	Juana Espejo.
CÁRLOS	Sr. D. José Vallés.
DON DAMIAN	Juan José Lujan.
AMADEO	Ricardo Zamacois.

La escena pasa en una quinta próxima á Madrid.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un gabinete elegante.—Puerta en el fondo y laterales.—Muebles de lujo.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, AMALIA y PEPA haciendo labor.

SABEL. Conque es tan corto de genio?
Permite que no lo crea.
Si cuando te ve, no te habla
de amores, no le des vueltas;
señal de que no te quiere.
AMALIA. Que no me quiere? esa es buena!
y el seguirme á todas partes?
al teatro, y á la iglesia,
y á paseo... y qué sé yo!
eso se conoce á legüa.
PEPA. Sí, señora; pero hay muchos
que por calles y plazuelas
andan de dia y de noche
siguiendo á cuantas encuentran,
y si una les hace caso,
porque cree que en ello llevan
buen fin, se encuentra una á veces...
pues!... con lo que no quisiera;
conversacion nada mas

es lo que algunos desean.
Lo que es yo para quererle
me habia de dar mas pruebas!...

AMALIA. Ya me las dará; es decir,
mientras vivamos en esta
quinta... así... sin ver á nadie,
no es fácil que eso suceda.

ISABEL. Qué, no estás contenta aquí?

AMALIA. Sí, Isabel, estoy contenta;
pero en Madrid lo estoy mas.
(Pepa acercándose á la primera puerta de l- quierda.)

PEPA. Ya creo que se despierta
el huesped.

AMALIA. (Á su hermana.) Ah! dí, qué facha
tiene ese huesped?

ISABEL. Muy buena.
Es un jóven muy simpático.
Pobrecillo! qué vergüenza
le dió cuando le hice entrar.

AMALIA. Yo no os sentí... qué hora era?

ISABEL. No sé á punto fijo; pero
serian las doce y media
ó la una.

PEPA. Señorita,
creo que alguno se acerca.
(Mirando por la puerta del fondo.)
Sí, señora, es don Damian.

AMALIA. Mi tutor.

ESCENA II.

DICHOS y DAMIAN.

DAMIAN. El mismo.

ISABEL. Ya era
tiempo! dichosos los ojos
que le ven á usted

DAMIAN. De veras?
Los ojos que á mí me ven
son dichosos? me deleita
el escucharlo; es decir,

que hay aquí media docena
de ojos, que en este momento
tienen su dicha completa.
Dos de Amalia, dos de usted...

PEPA. Cabal; y otros dos de Pepa.
Tres mujeres, á dos ojos
por mujer, media docena.

DAMIAN. Justamente; esta muchacha
está fuerte en aritmética.

ISABEL. Sabe usted, amigo mio,
que yo tengo acá la idea
de que si usted viene á vernos,
es solo porque no crean
las gentes que deja usted
de vigilarnos, siendo esa
la obligacion de un tutor?

DAMIAN. Hombre, esa si que está buena!
yo vigilarlas á ustedes?
Pues puede haber en la tierra
un tutor menos tutor,
ni unas pupilas que tengan
tan vírgen la voluntad
como ustedes?

ISABEL. No; como esta:
(Señalando á Amalia.)
yo soy viuda, y por lo tanto
no estoy ya bajo tutela.

DAMIAN. Es verdad, usted es viuda,
gracias á Dios. (Ay qué bestia.)

ISABEL. Qué dice usted?

DAMIAN. Nada, nada;
que hoy tengo torpe la lengua,
quise decir por desgracia!
Su esposo de usted, don César,
era un hombre como pocos:
pero recuerdo la época
en que yo formé un proyecto
que usted derribó por tierra;
y sin embargo, no dije,
esta boca es mia; prueba
de que nunca pongo obstáculos
á cuanto usted hace y piensa.

Ahora se ha empeñado usted
en vivir á veinte leguas
de Madrid, en esta quinta;
y sin consultar siquiera
mi parecer, se ha venido
usted á vivir á ella;
y yo mi pico cerrado;
nada; no he dicho una letra.
Usté está contenta aquí?
Pues que sea enhorabuena.
Yo vengo de tarde en tarde,
porque en Madrid no me dejan
mis negocios; pero vengo,
las veo á ustedes tan buenas;
me estoy aquí un par de dias
y me vuelvo á mis tareas.
Si á esto llaman vigilar,
que venga Dios y lo vea.

ISABEL. No, don Damian; como usted
pocos tutores se encuentran,
eso es verdad.

AMALIA. Sí, señor,
y si usted me prohibiera
vivir fuera de la córte,
yo obedeceria á ciegas
y con mucho gusto.

DAMIAN. Ya:
una muchacha soltera
como eres tú... ¿á que tambien
viviria en Madrid Pepa?

PEPA. Á mí lo mismo me da;
yo tengo por cosa cierta
aquel refran, «el buen paño
se vende en el arca.»

DAMIAN. Espera;
tambien suele apolillarse.

PEPA. Pues si se apolilla, es prueba
de su mala calidad.
y este es de calidad buena.

DAMIAN. Cabal; en esta muchacha
se descubre la modestia.

ISABEL. Ya recuerda usted la vida

que yo hacia de soltera;
nunca salia de casa
mas que para ir á la iglesia
ó alguna vez á paseo...

DAMIAN. Y sin embargo, don César
adivinó que en usted
habia virtud, belleza,
atractivos.

ISABEL. Gracias, gracias.

PEPA. Pues ahí tiene usted la prueba
de lo que yo digo.

DAMIAN. Calla,
(Acercándose á la puerta.)
parece que en esa pieza
se oye ruido.

ISABEL. Es nuestro huesped.

DAMIAN. Cómo! un huesped?

ISABEL. Sí.

DAMIAN. Esa es buena!
¿Conque hay un hombre en la casa?

ISABEL. Sí...

DAMIAN. Y quién es?

ISABEL. No sé.

DAMIAN. Canela!

ISABEL. Volcó su silla de posta
al pasar anoche cerca
de nuestra quinta, y yo entonces
tuve que abrirle la puerta
y darle hospitalidad.
Hice entrar en la cohera
la silla, que estaba rota,
para que la compusieran,
y al viajero le ofrecí
una cama y una cena.
Pero estaba tan turbado
el pobrecillo, que apenas
acertó á darme las gracias.
Se le alojó en esa pieza
con todo lo necesario,
y hoy en cuanto esté compuesta
la silla, se marchará
y se acabó... Vamos, qué era

lo que estaba usted pensando?

DAMIAN. Yo, nada.

ISABEL. Es que usted sospecha
de todo, y eso me ofende.

DAMIAN. Si no he dicho ni una letra!
si yo apruebo todo cuanto
usted hace, dice y piensa!...

ISABEL. Ya vé usted que es nuestra quinta
un desierto: á veinte leguas
de Madrid... ¡sin ver á nadie!

PEPA. (Mirando por la ventana.)
Señorita, creo que entra
en el patio el coronel
á caballo.

DAMIAN. ¡Otro!

AMALIA. ¿De veras?

DAMIAN. Y es un coronel? me alegro!

ISABEL. Sí tal: es el dueño de esa
posesion que habrá usted visto,
tan hermosa, á la derecha
del camino real.

DAMIAN. Ya, ya!

PEPA. Y como estuvo indispuesta
ayer mi señora, hoy, viene
á saber cómo se encuentra.

DAMIAN. Ah! vamos; eso es decir
que el coronel viene á verlas
á ustedes todos los dias?
Pues que sea en hora buena;
pero amigo, en un desierto
como este, vive cualquiera.

ESCENA III.

DICHOS y D. CÁRLOS. Es un hombre de 30 á 35 años· viste de paisano elegante.

CARLOS. Señorita... Caballero... (Á D. Damian.)

DAMIAN. Servidor de usted.

CARLOS. (Á Isabel.) ¿Qué tal
la jaqueca?

ISABEL. No estoy mal;
se pasó pronto, y espero

que aquel dolor de cabeza
tan fuerte no se repita.

CARLOS. (Á Amalia.)
Cómo va, niña bonita?

DAMIAN. (Pues las trata con franqueza.)

AMALIA. Viene usté á almorzar aquí?

ISABEL. Se supone; esta es la hora
de almorzar.

CARLOS. Oh! no señora,
eso fuera para mí
una distincion muy alta.
Pues ahí es nada! almorzar;
si yo llegara á aceptar
lo creeria una falta.

ISABEL. Falta? por ningun concepto;
yo tendré mucho placer.

CARLOS. Convídeme usté á comer
y verá usted como acepto.

DAMIAN. Caramba! (Esta si que es buena.)

CARLOS. (Á Damian.)
¿Se admira usted?

DAMIAN. Pues es claro!

CARLOS. Usted no tiene reparo
de almorzar en casa ajena?

DAMIAN. Si tengo confianza, no;
cuántas veces en Madrid...

CARLOS. Pues, amigo, ahí está el quid;
aquí no la tengo yo.

ISABEL. Usted está aquí en su casa.

AMALIA. Ya se vé.

CARLOS. Tantas mercedes...

DAMIAN. (Á Isabel, ap.)
Eso es, anímenle ustedes,
que el mozo no se propasa.

CARLOS. Me costaria un esfuerzo
muy grande

DAMIAN. Pues claro está;
¿y la comida?

CARLOS. Esa ya
es distinta del almuerzo.

DAMIAN. Eso es verdad; el comer
supone doble racion.

CARLOS. Se come por precision
y se almuerza por placer.
Para almorzar se convida
á personas que uno quiere,
y es claro, quién no prefiere
el almuerzo á la comida?
Por eso yo, que aun no sé
á qué grado de amistad
he llegado, la verdad...
no me atrevo...

DAMIAN. Ya se vé!

CARLOS. En la comida se admite
á personas con las cuales
hay etiquetas sociales,
se va solo por convite,
en lo cual no hay egoismo.

DAMIAN. Por convite? (Es mucho quidam.
Y si á uno no le convidan
se convida uno á sí mismo.

CARLOS. Nada de eso; y yo bien sé
que no soy merecedor
de aspirar al alto honor
de almorzar hoy con usté.

DAMIAN. (Ap. á Isabel.)
Diga usted, puedo saber
quién es este torbellino?

ISABEL. (Presentando á Cárlos á D. Damian.)
Presento á usted al sobrino
del general Peñalver.

DAMIAN. Qué dice usted! El señor
sobrino del general?

CARLOS. Qué hay de extraño?

DAMIAN. Voto á tal!
tengo á muchísimo honor...
Pues si yo conozco mucho
á su tio, y fué mi amigo...

CARLOS. Usted le conoce?

DAMIAN. Digo!
desde muchacho!

CARLOS. Qué escucho!
usted es...

DAMIAN Venga esa mano,

Damian Gil, su compañero
inseparable! Le quiero
como sí fuera mi hermano.
¿Y cómo hemos de olvidarnos
de nuestra edad infantil?
Cuando la guerra civil
tuvimos que separarnos...
No le ha hablado á usted de mí
su tio? de quien soy yo?
Aquel á quien él salvó
la vida en Navarra!

CARLOS. Sí!
ya caigo! sin duda alguna
usted es hoy el tutor
de esta niña? (Por Amalia.)

DAMIAN. Sí señor.

CARLOS. Un abrazo! qué fortuna!
y yo que no adiviné...
Usted será amigo mio,
porque siéndolo del tio,
yo quiero serlo de usté.

DAMIAN. Sí señor; pero ha de ser
amistad sincera y llana.

CARLOS. Corriente: desde mañana
voy á su casa á comer.

DAMIAN. Con mucho gusto.—Por vida!
ya se me olvidaba!

CARLOS. El qué?

DAMIAN. Que prefiero para usté
el almuerzo á la comida.

CARLOS. Gracias.

AMALIA. Bien por mi tutor.

DAMIAN. Y quién no desearia
almorzar en compañia
del primer conquistador
del siglo?

ISABEL. Cómo?

DAMIAN. Es notorio
que se ha cubierto de gloria:
yo conozco bien la historia
del nuevo don Juan Tenorio.

CARLOS. Mi historia?

DAMIAN. Es original,
créame usted! (Á Isabel.)
CARLOS. (Dios me asista!)
DAMIAN. No hay mujer que se resista
á su táctica especial;
y segun su tio cuenta,
lo mismo le da á este lince,
una pollita de quince
que una mujer de cincuenta.
Sabe sacarlas de quicio
á todas, que es un primor.
CARLOS. (Este maldito hablador
me va á causar un perjuicio.)
DAMIAN. El lance de la botica
que me contó á mí su tio,
fué... todavia me rio,
y que si no es por la chica...
Verdad que faltó muy poco (Á Cárlos.)
para coger al mancebo
y ponerle como nuevo?
Qué! si ha sido lo mas loco!...
fué una feliz ocurrencia
la suya: pues otra vez
tuvo la desfachatez
de seguir hasta Valencia
á una muchacha muy guapa.
CARLOS. Permita usted, don Damian...
DAMIAN. Calle usted, buen perillan!
ISABEL. (Picada.) Conque ninguna se escapa
al talento prodigioso
del señor?
CARLOS. (Confuso.) Isabelita...
AMALIA. Pues la novela es bonita.
PEPA. (Jesus, y cuánto ha hecho el oso!)
DAMIAN. Pues ahora va la mas gorda.
Un dia en San Sebastian,
yendo al baño...
ISABEL. Don Damian,
usted cree que Amalia es sorda?
Yo ignoraba la excelente
reputacion del señor, (Por Cárlos.)
la cual le hace mucho honor;

pero hablando francamente,
aquí es un tiempo perdido
el que se emplea, y en verdad
que de nuestra sociedad
no sacará gran partido:
porque nuestro entendimiento
es corto, y no puede estar,
á la altura de apreciar
su habilidad y talento.

CARLOS. Isabel... (Pues se ha picado!)
(Es necesario mentir.)
Yo me atreveré á decir
que está usted equivocado. (Á Damian.)

DAMIAN. Equivocado? me rio!...

CARLOS. Crea usted que no soy yo.

DAMIAN. ¡Hombre si me lo contó
su tio de usted!

CARLOS. Mi tio...
contaria, segun creo...

DAMIAN. Pues; que tenia un sobrino
que era un poco libertino.

CARLOS. Justo; mi primo Amadeo.

DAMIAN é ISABEL. Cómo?

CARLOS. Sí, señor, mi primo,
un calaveron, un trueno;
y en medio de todo es bueno,
tiene prendas que yo estimo.
Pero se ha hecho tan notorio,
como dice don Damian,
que todos en decir dan
que es otro don Juan Tenorio.
Yò de ofenderle no trato,
que es mi primo, y no merece...
pero por su aire parece
que en su vida ha roto un plato.

DAMIAN. Ya! conque su primo fué
el que estuvo en la botica,
y en el baño, y con la chica
en Valencia!... Vea usté!

CARLOS. Justo.

DAMIAN. Y si no me equivoco
fué sorprendido una noche

yendo á Chamberí en un coche...
ISABEL. Si callara usted un poco,
don Damian...
DAMIAN. Pues yo creia
que era usted! El general,
riéndose, es natural,
me contaba y me decia
que tenia usté á su cargo
mas víctimas del amor...
AMALIA. Qué gracia!
CARLOS. Pues no señor.
DAMIAN. En fin, que era usted muy largo!
y lo prueba el lance aquel
del baño en San Sebastian.
El marido era un buen Juan!...
si usted supiera, Isabel... (Á ella.)
ISABEL. (Á Amalia.)
Amalia! usted no escarmienta! (Á D. Damian.)
Ve y pregunta si está ya
el almuerzo, y si lo está
que nos avisen; y cuenta
con el huesped.
AMALIA. (Yéndose.) Ay, don Cárlos,
tiene usted un primo?
CARLOS. Sí?
AMALIA. Si todos fueran así,
seria preciso odiarlos.

ESCENA IV.

DICHOS, menos AMALIA.

DAMIAN. Ahora que Amalia se ha ido...
PEPA. Pero estoy yo aquí.
DAMIAN. Tambien
se asusta Pepa? Está bien.
PEPA. Sí, señor; yo no he oido
hablar en mi vida de eso.
ISABEL. (Á D. Damian.)
Vuelve usted á las andadas?
PEPA. (Á D. Damian.)

Usted cree que las criadas
no somos de carne y hueso?

DAMIAN. (Á Pepa.) Pues vete fuera un momento;
voy á contar *lo del baño*
de aquella.

ISABEL. Si no me engaño,
ya sale de su aposento
el huesped.—Es un muchacho (Á Cárlos.)
sumamente corto: anoche
cuando se rompió su coche
y le hice entrar, con qué empacho
me hablaba! Nadie le vió
mas que yo y los dos criados,
que aun no estaban acostados
cuando á la puerta llamó:

PEPA. Ya sale.

ESCENA V.

CHOS y D. AMADEO. Es un jóven de veinte y cinco años que viste con elegancia, pero tímido y encogido.

CARLOS. Calla! qué veo?

AMADEO. (Á Isabel.) Señora, á los pies de usté.

CARLOS. Amadeo!

AMADEO. Cárlos!

DAMIAN, ISABEL y PEPA. Qué!

CARLOS. Pues si es mi primo Amadeo!

ISABEL. Qué dice usted?

AMADEO. La verdad,
yo soy su primo.

DAMIAN. ¿Qué escucho?
Caramba! me alegro mucho!
¡Qué feliz casualidad!

CARLOS. Cómo figurarme yo...

AMADEO. (Cortado.) Anoche muy á deshora
tuvo la honra esta señora
de alojarme...

ISABEL. ¿Cómo?

AMADEO. Ay! no!

CARLOS. (Ahí va el primer desatino.)

AMADEO. Señora, yo fuí el honrado...

PEPA. (Pues no es nada! haber entrado
en casa este libertino!)

SABEL. (Se está burlando? me gusta!)

DAMIAN. (Á Isabel.) Con ese aire tan sencillo
tiene una cara de pillo...
Cuidado!

ISABEL. Á mí no me asusta.

DAMIAN. (Á Amadeo.) Vaya, hombre? Conque usted es
sobrino del general
Peñalver? ¡Qué original
ha sido usted siempre!

AMABEO. Pues!...

DAMIAN. Diga usted: ¿qué tal *el baño?*

AMADEO. Qué baño?

DAMIAN. El que usted tomó
en San Sebastian.

AMADEO. Quién, yo?
yo no me he bañado este año.

DAMIAN. Á otro perro... (Qué truhan.)

AMADEO. Ah! otro perro no; es el mio,
el que yo baño en el rio,
pero no en San Sebastian.

DAMIAN. Tiene gracia! cómo sabe
darle otro giro al asunto!

CARLOS. (La cosa sube de punto
y se va poniendo grave.)

DAMIAN. Vaya, cuente usted aquello.

AMADEO. El qué?

ISABEL. (Á Damian muy cargada.)
Es usted muy gracioso!

AMADEO. (Mirando á todos.)
(Á que estoy haciendo el oso
y no he caido yo en ello?)

PEPA. (Y me mira! Qué atrevido!
pues está fresco si viene!)

DAMIAN. (Qué cara tan pilla tiene!)

ESCENA VI.

DICHOS y AMALIA.

AMALIA. El almuerzo está servido.

Ay! (Viendo á Amadeo.)
ISABEL. ¿Qué es eso?
AMADEO. (¡Amalia!)
AMALIA. (Es él!)
ISABEL. (Á Amalia.) Le conoces?
AMALIA. Qué alegria!
el jóven que me seguia
en Madrid!
ISABEL. ¡Dios de Israel!
PEPA. (Á Amalia.) Señorita, si es el primo
de don Cárlos!
AMALIA. Cómo!
ISABEL. Sí.
AMADEO. (Oh! qué placer! ella aquí!)
PEPA. (Pues lo que es yo no me arrimo.)
AMALIA. (El seductor!)
DAMIAN. (Á Cárlos.) Cómo mira
á Amalia! le habrá gustado!
CARLOS. (Á Damian.) Tengan ustedes cuidado...
ISABEL. Él que por todas suspira!
yo haré que se marche y pronto.
AMALIA. Mira! quién lo hubiera dicho!
ISABEL. Renuncia tú á ese capricho.
DAMIAN. (Á Cárlos.) Pone una cara de tonto,
que el que no esté de antemano
prevenido, creerá
que es un bendito!
CARLOS. Pues ya!
ISABEL. (Á Amalia.) Yo cortaré por lo sano.
CARLOS. (Voy á reventar de risa.)
ISABEL. (Á Amadeo.) Muy pronto estará compuesto
el coche, usté está molesto...
AMADEO. Señora, no tengo prisa.
DAMIAN. (Anda! salero!)
PEPA. (Qué audacia.)
AMALIA. (Pero qué cosas se ven!)
AMADEO. Aquí me encuentro muy bien.
DAMIAN. (Vamos tiene mucha gracia!)
Conque diga usted: ¿qué tal
le fué á usted en la botica?
AMADEO. En la botica?
DAMIAN. La chica

creo que era celestial!

AMADEO. En la botica? soy franco,
no sé...

DAMIAN. Qué es lo que usted hizo?

AMADEO. Ah! sí! tuve un panadizo
y usaba el ungüento blanco.

CARLOS. Cerato *simple* seria.

DAMIAN. Simple! no es mala simpleza.

ISABEL. (Otra vez este hombre empieza!)
Creo que el señor queria (Por Amadeo.)
hablar con su primo Cárlos
á solas.

AMADEO. Si ustedes dan
su permiso...

ISABEL. Don Damian,
venga usted.

DAMIAN. Sí, sí, dejarlos.
Luego usté y yo charlaremos; (Á Amadeo.)
quiero que me cuente usté
lo que hizo en Valencia.

AMADEO. Qué?

DAMIAN. Ah! tunante! Ya hablaremos.
(Todos se van mirando atentamente á D. Amadeo.)

ESCENA VII.

CÁRLOS y AMADEO.

CARLOS. Conque querido Amadeo,
ya estamos solos.

AMADEO. Ay, Cárlos!
qué casualidad tan rara,
quién lo hubiera imaginado;
ella aquí!

CARLOS. Quién?

AMADEO. La que adoro.
Amalia.

CARLOS. Sí?

AMADEO. Ya hace un año
que la conozco, y te juro
que estoy mas enamorado
cada dia.

CARLOS. Y dime, dónde
la conociste?
AMADEO. Bailando
con ella en una tertulia,
donde casi me llevaron
á la fuerza. ¡Pero chico!
qué pronto simpatizamos!
es lo mismito que yo!
si parecemos hermanos:
tímida, encogida .. en fin,
tú que la conoces tanto,
me dirás si no es verdad
lo que yo digo.
CARLOS. Es exacto.
AMADEO. Y si vieras cómo baila!
lo mismo que yo, ni un paso
da bien por casualidad!
y tambien estudia el canto.
En la tertulia esa noche
se sentó un hombre al piano
de esos que tocan muchísimo,
y ponen muy mal los bajos,
y ella cantó el Miserere
del Trovador.
CARLOS. Hola! bravo!
AMADEO. Si vieras qué mal lo hizo!
qué! yo estaba entusiasmado!
pero allí lo mas gracioso
fué que un tenor muy escuálido
hizo de Manrique, y para
imitar ecos lejanos
cantó metido en la alcoba
de la sala! Qué de aplausos
dieron allí! Pero Amalia
miraba con ojos lánguidos,
como diciendo. «Infelices
los que me estais escuchando?»
En fin, chico, yo la adoro.
CARLOS. Pero tú le has dicho algo,
verdad!
AMADEO. Cá, no me he atrevido,
si me pongo como un pavo

lo mismo es verla!

CARLOS. Pero hombre...

AMADEO. Á su casa he ido ya cuatro
veces con firme propósito
de hablarla y pedir su mano:
pero he entrado en el portal,
he subido el primer tramo
de la escalera, y me he vuelto.

CARLOS. Pues eres un mentecato.

AMADEO. Y has de saber que el portero
creo que estaba escamado
de verme ir tan á menudo.

CARLOS. No he visto un hombre mas raro...
(Y aquí que le creen un pillo.)
Pero dime, y dónde diablos
vas ahora?

AMADEO. Á buscar al tio
y que me aconseje algo.

CARLOS. Y tú has sabido que Amalia
estaba aquí este verano,
y al pasar por aquí has hecho
que el coche dé un volquetazo
para quedarte?

AMADEO. Jesus!
qué mal me conoces, Cárlos!

CARLOS. Es verdad! tú no eres hombre
capaz de romperte un brazo...

AMADEO. No: me doleria mucho:
pero tú que estás mas práctico
en estas cosas, quisiera
que me dijeses qué hago;
irme, ó quedarme?

CARLOS. Quedarte.

AMADEO. Sí, porque dejar el campo
es de cobardes, ¿verdad?
Y qué hago, pedir su mano
á la hermana!

CARLOS. Poco á poco.

AMADEO. Pues vamos á ver, ¿qué hago?

CARLOS. Lo primero que has de hacer,
es...

AMADEO. Qué?

CARLOS. Dejarlo á mi cargo.
AMADEO. Entonces ya no hago nada;
me alegro mucho.
CARLOS. Despacio,
tu harás lo que yo te diga.
AMADEO. Pues vamos á ver, ¿qué hago?
CARLOS. No estar tan corto con ella.
AMADEO. Si yo no sé estar mas largo!
CARLOS. Con la hermana estar amable
y fino, y de vez en cuando
dirigirle una indirecta...
AMADEO. ¿Y con la doncella, qué hago?
CARLOS. Con la doncella, con esa
puedes hacer un ensayo;
y para que esté propicia
debes hacerle un regalo.
AMADEO. Hombre, me parece bien!
Mira, en la maleta traigo
unas pastillas de coco...
CARLOS. Hombre, no.
AMADEO. Pues qué regalo
le he de hacer?
CARLOS. Déjate ahora...
dinero es lo que hace al caso.
AMADEO. Corriente: un par de pesetas
será bastante.
CARLOS. No es caro!
Dale media onza, ¿qué menos?
un caballero de rango
que viaja en silla de posta
se ha de distinguir en algo.
AMADEO. Sí, primo, tienes razon;
¿y despues de eso, que hago?
CARLOS Veremos, déjalo estar.
AMADEO. Corriente; á ver si logramos
vencer este genio mio
que me hace tan desgraciado.
CARLOS. Isabel viene hácia aquí,
déjame con ella un rato,
y verás cómo consigo
prepararte bien el campo.
AMADEO. Me voy; ¿y con ese viejo

que no conozco, qué hago?

CARLOS. No le hagas caso; está chocho.
Vete, que viene...

AMADEO. (Váse corriendo) Cuidado.

ESCENA VIII.

ISABEL y CÁRLOS.

ISABEL. Sabe usted que siento ya
que ese jóven haya entrado
en casa?

CARLOS. Por qué, Isabel?

ISABEL. Porque me estoy figurando
que nos va á dar un disgusto.

CARLOS. Pero usted le cree tan malo?

SABEL. Amalia está encaprichada
por él, y aquí es necesario
poner remedio.

CARLOS. Es verdad.

ISABEL. Don Damian habla del baño
y de la botica... y dice
aquel refran castellano
que *quien malas mañas ha...*

CARLOS. Pero usted es demasiado
severa.

ISABEL. No tal, soy justa.

CARLOS. Y qué haria usté en el caso
de que mi primo Amadeo
estuviese enamorado
de usted?

ISABEL. De mí? qué locura
seria!

CARLOS. Locura! y tanto,
que amarla á usted sin locura
es cosa que yo no alcanzo.

ISABEL. Su primo de usted divide
su corazon en pedazos
y lo reparte entre todas.

CARLOS. Yo soy todo lo contrario;
yo tengo el mio enterito,
no me falta de él ni tanto

así.

ISABEL. Luego usted no ama.

CARLOS. Al revés! pues porque amo,
por eso lo guardo entero:
para cuando llegue el caso
de dárselo á la que adoro
poder enterito dárselo.

ISABEL. Y no ha amado usté hasta ahora?

CARLOS. Nunca.

ISABEL. Pues es muy extraño.

CARLOS. Y usted?

ISABEL. Soy viuda.

CARLOS. Es verdad.
Pero usted ha renunciado
al mundo? seria horrible!

ISABEL. No pienso entrar en un claustro.
Mi difunto esposo era
celoso y desconfiado,
esa fué la única falta
que le conocí en tres años
de matrimonio.

CARLOS. Es que dice
otro refran castellano
«*quien no es celoso no ama*;»
por eso yo lo soy tanto;
es decir, yo celoso,
pero no desconfiado,
y no me parezco en nada
á mi primo. Él es un diablo.
El arte de enamorar
lo tiene tan estudiado,
que usted llegaria á amarle
si se empeñara en lograrlo.

ISABEL. Difícil es eso.

CARLOS. Oh, no!
él vé una que es de su agrado
y con miradas y frases
nada vulgares, y rasgos
de su ingenio, le habla al alma
y la dice, «yo me abraso
por tí, tu amor es mi vida;»
ella abandona su mano

y él la toma y se la besa
lleno de ardiente entusiasmo.
(Le coge la mano á Isabel y se la besa.)

ISABEL. Pero qué hace usted?

CARLOS. Lo mismo
que él haria en este caso.

ISABEL. Sí, pero él es Amadeo. .

CARLOS. Justamente, y yo soy Cárlos.

ISABEL. Pero ni él ni usted me aman.

CARLOS. Y si ambos á dos la amasemos
á usted ¿cuál de los dos primos
seria el afortunado?

ISABEL. Yo querer á un libertino
que reparte así en pedazos
su corazon!

CARLOS. Ya usted sabe
que el mio le tengo intacto.

ISABEL. No sé, no lo he visto nunca.

CARLOS. No? pues ponga usted la mano
en mi pecho.

ISABEL. Para qué?

CARLOS. Para verlo.

ISABEL. Yo no alcanzo
como se ve un corazon
poniendo sobre él la mano.

CARLOS. No se ve, pero se siente.

ISABEL. No es lo mismo.

CARLOS. Para el caso
es igual.

ISABEL. No me convenzo,
yo soy lo mismo que Santo
Tomás, y sin ver no creo.

CARLOS. Pues el mio está bien claro.

ISABEL. Dónde?

CARLOS. En mis miradas.

ISABEL. Cómo?

CARLOS. Á mis ojos asomado
está siempre.

ISABEL. Á qué se asoma?

CARLOS. Á verla á usted.

ISABEL. No está malo
el capricho.

CARLOS. No es capricho,
es amor!
ISABEL. Amor?
CARLOS. Volcánico,
Y como hay fuego en el pecho
y el pobre se está abrasando,
pide socorro, y usted
es quien mejor puede dárselo:
la humanidad lo aconseja.
ISABEL. Soy humana, y por lo tanto...
CARLOS. No tal, usted es *divina*.
ISABEL. Soy humana.
CARLOS. Á verlo vamos.
ISABEL. Tendré que darle socorro...

ESCENA IX.

DICHOS, AMALIA y PEPA, que vienen corriendo.

PEPA. Ay, qué jóven tan osado!
AMALIA. Gracias á Dios que nos vemos
libres de él!
PEPA. Yo estoy temblando.
CARLOS. Pues qué es ello?
ISABEL. Qué sucede?
AMALIA. Isabel! triste presagio!
PEPA. Estremecen sus miradas!
AMALIA. Estabamos almorzando,
cuando entra en el comedor
y va y se sienta á mi lado;
pues lo mismo fué sentarse...
¿si nos pasará algo malo!
PEPA. Yo francamente, lo temo.
CARLOS. (Qué habrá hecho ese tonto.)
ISABEL. Vamos,
qué hizo?
AMALIA. Derramó el salero!
PEPA. Y luego rompió dos platos.
AMALIA. Y mi tutor se reia!
PEPA. Y él abria unos ojazos.
CARLOS. Lo está usted viendo? y parece
que en su vida ha roto un plato!

ISABEL. Pero y qué mas?
AMALIA. Nada mas.
Ya ves, Isabel, qué chasco,
yo que le creia un ángel!
ISABEL. Mientras no haga mas estragos
que derramar el salero
y romper un par de platos,
no temas. Ahora es preciso,
ya que has visto el desengaño,
que le olvides.
AMALIA. No podré!
ISABEL. Pues es preciso olvidarlo;
el libertino lo es siempre;
hasta despues de casado.
PEPA. Qué vida tendria usted
con ese jóven tan malo!
CARLOS. (Vamos, esto es delicioso,
libertino un mentecato!)
Pues señor, créanme ustedes,
es preciso ser un Argos.
Esto de ir al comedor
cuando Amalia está almorzando
y Pepa sirviendo, pues...
esto quiere decir algo.
Seguro es que se ha propuesto,
porque él no se anda en preámbulos,
hacer el amor á un tiempo
á las dos!
AMALIA. Santas y santos
del cielo!
PEPA. Lo que es á mí!...
CARLOS. Con Amalia estará lánguido
y tierno! dará suspiros
y la dirá: «yo te amo.»
AMALIA. Y yo no podré escucharle.
CARLOS. Con Pepa estará mas franco;
dará principio ofreciéndole
dinero.
PEPA. Desvergonzado!
ISABEL. (Á Pepa.) Anda á ver si está su coche
compuesto, y vuelve á avisármelo.
PEPA. Si me le encuentro y me dice

alguna cosa, le planto
un bofeton. (Váse por el fondo.)

CARLOS. (Pobre primo;
va á salir de aquí pitando.)

ISABEL. Don Damian está en sus glorias.

AMALIA. Mi tutor es muy pesado,
no le gusta mas que hablar
de cosas malas.

CARLOS. Es algo
aficionado á aventuras
amorosas!

AMALIA. Con mas años
que Matusalen.

ISABEL. Y todo
cuanto le digo es en vano.

AMALIA. Pues ya verás... ay, Dios mio,
me parece que oigo pasos...

CARLOS. (Mirando por el fondo.)
Él es: retírense ustedes.

ISABEL. Sí, vámonos á mi cuarto:
á ver si cae en la cuenta
del desaire.

AMALIA. Sí, sí; vamos,
véngase usted con nosotras,
no hable usted con ese ingrato.

CARLOS. Vamos. (Pobre primo! pero
primero soy yo, qué diablo!)
(Se van los tres al cuarto de Isabel.)

ESCENA X.

AMADEO, luego PEPA.

AMADEO. Pero qué tendrá esta gente
que van desapareciendo
de mi lado, uno tras otro,
todos poniéndome un gesto
y dejándome allí solo
con ese señor tan viejo,
que me habla de tantas cosas,
que la verdad, yo no entiendo!
cuando digo que hago el oso,

¡y es un animal tan feo!
Oigo pasos; quién se acerca?
es la doncella; me alegro.
Mi primo me aconsejó
que me ensayara... esto es hecho,
que... si me da una vergüenza!
y por qué? si aquí no peco!
las criadas no son lo mismo
que las amas; ea, pecho
al agua.

PEPA. (Pepa sale por el fondo, mientras Amadeo retirado se prepara á presentarse.)
Señora, el coche... (Viendo que no estan.)
ah! se habrán ido allá dentro:
tal vez huyendo del primo
de don Cárlos. Está bueno
el lance! la señorita
prendada de ese perverso!
Ay, qué desgracia la mia,
si á mí me pasara eso.
(Amadeo acercándose poco á poco sin ser visto de Pepa.)

AMADEO. Doncella!

PEPA. (Pepa dando un grito.) Ay?

AMADEO. (Amadeo asustado del grito.) Ay, Vírgen santa!

PEPA. Qué quiere usted, caballero?
(Yo á solas con este hombre.)

AMADEO. Ay, qué susto tan tremendo
me ha dado usted con el grito?

PEPA. Vamos, acabe usted presto.

AMADEO. Yo quisiera... (Ay qué vergüenza!)

PEPA. (Y bien mirado no es feo,
pero ese aire de maton
que tiene me causa miedo.)
(Pausa. Amadeo va aproximándose y ella se retira.)

AMADEO. Doncella!

PEPA. Qué?

AMADEO. Usted no tiene
cara de doncella.

PEPA. (Cielos,
me insulta.)

AMADEO. Parece usted...

PEPA. Mire usted, lo que parezco
es lo que soy.

AMADEO. No, señora,
usted... vamos... por su aspecto...
parece... (ay, Dios, lo que sudo.)
Parece usté... (Estará feo
llamarla de usted, sí, sí;
le apearé el tratamiento.)
Sabes que eres muy monina?

PEPA. Y me tutea?

AMADEO. (Es de efecto
llamarla de tú.)

PEPA. ¿Qué audacia?

AMADEO. Sabes que eres un lucero
y un clavel? (Debo estar mas
encencido que un pimiento
verde! digo colorado.)

PEPA. (Le voy á dar uno bueno
si se acerca.)

AMADEO. (Ahora conviene
dar otro golpe de efecto:)
hermosa, toma ocho duros.
(Los saca del bolsillo y se los presenta.)

PEPA. Qué hace usted? á mí dinero?

AMADEO. (Mi primo me lo advirtió
y él está práctico en esto.)

PEPA. Se ha visto igual desvergüenza?

AMADEO. No lo aceptas?

PEPA. Ni por pienso!

AMADEO. (Pues se equivocó mi primo,
á ver si yo doy en ello.)
Cómete estas pastillitas
de coco. (Ofreciéndoselas.)

PEPA. Á mí caramelos?

AMADEO. Tampoco? pues dí, ¿qué quieres?

PEPA. Que se vaya usté al momento
de aquí.

AMADEO. De aquí?

PEPA. Sí, señor.

AMADEO. (Ahí va otro golpe de efecto.)
(Arrodillándose delante de ella y cogiéndola la mano.)

Doncella, escucha mis súplicas!
PEPA. Cómo! atrevido! qué es esto!
AMADEO. Yo te lo ruego.
PEPA. (Llamando.) Señora!
AMADEO. No grites?
PEPA. (Id.) Señora!
AMADEO. Ay, cielos,
que va usté á armar un escándalo!
PEPA. Suélteme usted, ó le pego.
AMADEO. (Asustado.) No! que me va usté á hacer daño.
PEPA. Pues suélteme usted.
AMADEO. Ya suelto.
PEPA. Usted pretende atentar
contra mi honor, y le advierto
que mi honor está muy alto.

ESCENA XI.

DICHOS, D. DAMIAN.

DAMIAN. ¿Pero qué gritos son estos?
AMADEO. (Jesus! ya se armó la gorda!)
PEPA. ¡Ay, don Damian! y qué á tiempo
ha venido usted!
DAMIAN. Pues qué...
acaso este caballero...
AMADEO. Por Dios, no crea usted nada.
PEPA. Sí, señor, es un perverso,
ha querido seducirme!
AMADEO. No.
DAMIAN. Pero dime? y por eso
alborotas?
PEPA. Me parece
que el caso no es para menos,
póngase usté en mi lugar.
DAMIAN. No me da la gana, ¡cuerno!
¡pues me gusta la ocurrencia!
PEPA. En fin, me voy, pero advierto
que mi honor está muy alto!
DAMIAN. ¿Quién lo duda!
PEPA. Y que el dinero
que me ha ofrecido el señor

no lo he tomado.

DAMIAN. Bien hecho!

PEPA. Y no lo he tomado, no
porque me sobre el dinero,
que á nadie le amarga un dulce,
sino porque me he propuesto
probar que mi honor esta
muy alto!

DAMIAN. Bien, vete adentro.

PEPA. Voy. (Á lo que se ve espuesta
una doncella de mérito!)

ESCENA XII.

D. DAMIAN y AMADEO.

DAMIAN. Pero hombre! usted es el diablo!

AMADEO. No, señor; yo soy muy bueno,
y mi defecto quizás
es ser muy corto de genio.

DAMIAN. ¡Caramba! ya se conoce!
Pero despues del almuerzo
exaltarse de ese modo,
crea usted que no es higiénico.

AMADEO. Me ha asustado esa mujer.

DAMIAN. Asustado? ¡ah picaruelo!
Y ahora que estamos solitos,
diga usted; ¿cómo fué aquello
del baño en San Sebastian?
Yo sé guardar un secreto.
¿Cómo logró usted que el otro
se echara á dormir tan fresco?

AMADEO. (Pero este señor es tonto
ó no sé lo que me pesco.)

DAMIAN. ¿No quiere usted confesarlo?

AMADEO. No señor, es que no entiendo
lo que usted me dice.

DAMIAN. Vamos,
esto es que usted tiene miedo
de que llegue á comentarse
y no quiere usté hablar de ello
con nadie? Bueno, no insisto.

AMADEO. Sí, es mejor que lo dejemos,
porque aunque me esté cien años
no he de llegar á entenderlo.

DAMIAN. Ahora quiero que usté y yo
hablemos de mi proyecto.

AMADEO. Cuál?

DAMIAN. Yo estoy enamorado!

AMADEO. Pues amigo está usted fresco.

DAMIAN. Y no sabe usted de quién?

AMADEO. No señor: ¿qué he de saberlo?

DAMIAN. Pues estoy enamorado
de Isabel.

AMADEO. ¡Cuánto me alegro!

DAMIAN. Caramba! por qué?

AMADEO. ¿Por qué?
porque puede que lleguemos
usted y yo á vivir juntos.

DAMIAN. Váyase usted al infierno!

AMADEO. Si mis planes se realizan...
(Pero no creo que debo
decir nada todavia;
mas vale guardar silencio.)

DAMIAN. Diga usted, caballerito:
es esto broma, ó ¿qué es esto?

AMADEO. Pues es claro: sí señor.

DAMIAN. Bien: es que yo á usté le temo
como á una espada desnuda.

AMADEO. Pues soy un inocentuelo!

DAMIAN. Á tu tia que te de
para libros.

AMADEO. Conque hablemos
de ese proyecto de usted.

DAMIAN. Pues señor, bien. Mi proyecto
es declarame á Isabel
por escrito.

AMADEO. Muy bien hecho.

DAMIAN. Pero me ha de dar usted
palabra de caballero
de respetarla.

AMADEO. ¡Pues claro!
¡si señor! si yo respeto
siempre á los mayores en

edad, saber y gobierno.

DAMIAN. Corriente, pues ahora usted
que está mas práctico en esto
pondrá la minuta.

AMADEO. ¿Cómo?

DAMIAN. La minuta.

AMADEO. (¿Qué será eso?)

DAMIAN. Que me dicte usted la carta.

AMADEO. ¡Ah! no señor, ni por pienso,
yo en mi vida he escrito á nadie,
y á mujeres mucho menos.

DAMIAN. Estoy, no ha querido usted
soltar prenda... ya comprendo,
podia llegar á manos
de alguno...

AMADEO. ¿Qué?

DAMIAN. Bueno, bueno.
Pues bien, yo la escribiré;
pero usted le dará luego
un par de toques, ¿verdad?
un par de toques maestros!

AMADEO. (Pues á buena parte viene.)

DAMIAN. Venga usted.

AMADEO. No; yo me quedo
aquí.

DAMIAN. Tiene usted razon,
no habia yo dado en ello!
Si nos ven juntos, podrian
conocer... (tiene un talento;)
pues aguarde usted aquí,
que voy á escribirla y vuelvo.

ESCENA XIII.

AMADEO, luego ISABEL.

AMADEO. Pues, señor, no hay duda alguna
este señor se ha propuesto
hacerme perder el juicio.
¡Y la carta es un buen medio!
Si no me diera vergüenza
tambien haria yo eso;

le escribiria una carta
á Amalia.. Cá! no me atrevo;
voy á poner mil sandeces!
Calla! ¿quién se acerca? creo
(Mirando por el foro.)
que es la hermana! sí, la misma!
si yo no tuviera miedo,
le pediria la mano
de Amalia, y... yo me resuelvo;
voy á hablarla con franqueza.
¡Qué diablos! si no me arriesgo
no sacaré nada en limpio;
ea, valor!
(Isabel saliendo por el foro.)

ISABEL. Caballero,
su postillon de usted dice
que el coche está ya compuesto.

AMADEO. Que está ya... (Válgame Dios!
este es otro contratiempo.)

ISABEL. Siento que haya usted perdido
unos preciosos momentos
que hubieran sido empleados
en inventar otros medios
de conquista! otros recursos
que tuvieran mas efecto
que los que ha empleado usted
con Pepa.

AMADEO. (Lo estaba viendo.)
Señora, ¿es posible? ella
le ha dicho á usted...

ISABEL. Sí por cierto:
todito me lo ha contado;
que usted le ofreció dinero,
que luego se echó á sus pies
haciendo mil aspavientos;
en fin, todito; y usted
perdonará si me atrevo
á decirle francamente
que es usted pródigo en esto.

AMADEO. Pero señora, por Dios!
y usted lo cree?

ISABEL. Ni por pienso,

usté ha querido reirse
y no mas.
AMADEO. Tampoco es eso;
y la prueba de ello es
que yo tenia deseos
de hablar con usted á solas.
ISABEL. Conmigo? (Vaya, esto es hecho!
ahora me va á enamorar.)
AMADEO. Amalia, por tí me arriesgo
á pasar este mal rato.)
Pues, señor, es un secreto
que es preciso que usted sepa.
ISABEL. (Mas vale tomarlo á juego.)
AMADEO. Y qué ajena estará usted...
ISABEL. Qué disparate! al momento
lo he sospechado.
AMADEO. De veras?
¿lo sabe usted?
ISABEL. Por supuesto,
va usté á decirme sin duda
que está enamorado, ciego...
AMADEO. (Echándose á sus pies.)
Ay, señora de mi alma!
ya sabe usted mi secreto!
sí señora, yo la adoro.

ESCENA XIV.

DICHOS, D. DAMIAN, con un papel en la mano.

DAMIAN. Aquí está... ¿pero qué veo?
(Viendo á Amadeo á los pies de Isabel.)
AMADEO. (Levantándose.)
Jesus! qué demonio de hombre!
DAMIAN. Se puede saber qué es esto?
¿qué significa este paso?
ISABEL. Nada, que don Amadeo
me hace una declaracion.
AMADEO. Cómo?
DAMIAN. Es posible? y yo necio
que mientras él la hace aquí
he compuesto una allá dent...

(Enseñando el papel.)

ISABEL. Usted tambien?

AMADEO. Don Damian!

DAMIAN. Váyase usted al infierno?
usted no tiene palabra.

AMADEO. Pero óigame usted primero...

DAMIAN. En mi vida he visto un hombre
mas amigo de jaleos!
Me ofreció usted respetar...

AMADEO. Y así lo haré...

DAMIAN. Ya lo veo!

AMADEO. Si es una declaracion
indirecta!

DAMIAN. Como es eso?
Á ver, explíquese usted.

AMADEO. Eso es lo que yo deseo.
Si yo me arrojé á sus pies
fué solo con el objeto
de suplicarle que hablase
por mí á su hermana.

DAMIAN. No creo
semejante cosa.

AMADEO. Cómo!
¿no me cree usted?

DAMIAN. Á otro perro!
á mí me engañan dos veces,
pero la tercera niego!

ISABEL. Es una disculpa vana.

AMADEO. Repito que yo á quien quiero
es á Amalia.

DAMIAN. En una hora
tres mujeres! Dios eterno!
es verdad que ya no quedan
mas en la casa.

AMADEO. (Me quemo.)
Señores, por caridad...

DAMIAN. Y ahora nos dice tan fresco,
que es Amalia...

AMADEO. Y lo repito
una vez, y dos y ciento!

DAMIAN. Á usted se le ha figurado
que aquí estamos en Socúellamos,

donde engañó usté á las hijas
y á la sobrina del médico?
(Á Isabel.) Figúrese usted, que un dia...

ISABEL. Bien; no hace falta saberlo.

DAMIAN. Pero Amalia viene aquí,
ahora nos convenceremos;
y puesto que usted la adora
exijo que aquí al momento
se ha de declarar usted,
y en nuestra presencia.

AMADEO. Cielos!
yo estoy en un compromiso!
aquí delante...

DAMIAN. Silencio!

ESCENA XV.

DICHOS, AMALIA y PEPA.

DAMIAN. (Trayendo á Amalia de la mano.)
Amalia; este caballero
dice que te quiere mucho.
Empiece usted, que ya escucho.

AMADEO. (Este hombre es un majadero.)

DAMIAN. Usted nos ha dicho ahora
que está enamorado de ella.

AMADEO. Sí, pero usted me atropella...

ISABEL. Si no es verdad!

AMADEO. Sí, señora!
que me gusta mucho!

ISABEL. Y quién
no le gustará al señor
en siendo mujer?

AMALIA. ¡Qué horror!

PEPA. Yo le he gustado tambien
y quiso hacerme un regalo.

AMADEO. Pero qué mas puedo hacer
que pedirla por mujer?

AMALIA. Si no fuera usted tan malo
nos casariamos pronto.

AMADEO. Yo malo?

AMALIA. (Por D. Damian.) El señor lo sabe.

DAMIAN. Su historia de usted es grave
con esa cara de tonto.
Y en fin, vamos á abreviar,
¿á qué ha venido usté aquí?
¿por quién viene usté?

AMADEO. Ay de mí!
no lo acabo de explicar?

DAMIAN. Mentira! usté ha hecho el amor
á todas las de esta casa.

AMADEO. ¡Yo!

ISABEL. Usted.

AMADEO. ¿Qué es lo que me pasa?
¡yo haciendo de seductor!

DAMIAN. Usted corre mas que un galgo,
pero á mí no me la da,
¿á qué viene usted acá?
porque usted viene por algo!

AMADEO. Vengo por Amalia.

DAMIAN. No!

AMADEO. Pues por su hermana.

ISABEL. Tampoco!

AMADEO. Pues por Pepa.

PEPA. Está usted loco?

AMADEO. (Á Damian.) Pues por usted! se acabó!

DAMIAN. ¡Un demonio!

AMADEO. Estoy sudando
como un pollo!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y D. CÁRLOS, que viene por el fondo.

AMADEO. (Á Cárlos.) Primo mio!
Sácame tú de este lio,
mira que me estoy ahogando!
Dicen que soy un tunante,
hazles ver lo que soy yo.

CARLOS. Pues señor, la farsa no
puede seguir adelante.
(Por Damian.) Al señor debes, y á mí
la malísima opinion

que han formado con razon
estas señoras de tí.
Don Damian, que tiene el vicio,
(Á Damian.) no lo tome usted á mengua,
de procurar que su lengua
esté siempre en ejercicio,
empezó á hacer un relato
de mi historia, y la verdad,
no tuvo serenidad
para escuchar mi retrato
hecho de aquella manera,
que tan poco honor me hacia,
porque una cosa seria
llamarme á mí calavera,
y otra tenerme en concepto
de hombre sin fé y sin amor,
libertino, seductor,
eso es lo que yo no acepto.
Por lo tanto, yo he mentido.

TODOS. Qué?

CARLOS. Mi primo, que está aquí,
no es calavera: yo fuí
calavera... en buen sentido.

ISABEL. Qué dice usted?

AMADEO. Conque tú
fuiste la causa de todo?

AMALIA. Ay, qué alegria!

CARLOS. (Á Amadeo.) De modo
que has estado haciendo el bú.

AMADEO. Pero por qué esa ocurrencia?

CARLOS. Porque queria agradar
en esta casa, y pasar
por un hombre sin conciencia...

ISABEL. Buen chasco!

CARLOS. (Á Isabel.) Yo me someto
al castigo.

AMALIA. (Abrazando á Pepa.) Ay, Pepa mia!

DAMIAN. Pero si yo lo decia!
este es un ñoño completo.

AMADEO. Amalia!

AMALIA. Amadeo.

AMADEO. Un

sin hablarnos!

DAMIAN. (Á Cárlos.) Vaya, vaya,
conque usted?... qué tal la playa
de San Sebastian? y el baño?

CARLOS. Se lo contaré á usté al punto...

DAMIAN. Bien.

CARLOS. Con una condicion.

DAMIAN. Bien; ¿cuál es?

CARLOS. Su mediacion
de usted para cierto asunto.

DAMIAN. Lo que usted quiera.

CARLOS. (Á Isabel.) Isabel,
va á interceder don Damian;
yo la amo á usted con afan,
con un alma ardiente y fiel.

DAMIAN. Caramba! este me disputa
su amor.

ISABEL. (Á Carlos.) Es de buena fé?

CARLOS. Se lo juro!

AMADEO. (Á Damian.) Diga usté,
¿no trae usted la minuta?

DAMIAN. (Á Amadeo)
Déjeme usté en paz.

AMALIA. Qué escucho?
mi tutor quiere á mi hermana.)

CARLOS y PEPA. Sí?

DAMIAN. Porque me da la gana!
hombre, ¡mire usted que es mucho!

CARLOS. Pues bien, ella elegirá
si es libre su corazon.

DAMIAN. Me someto á la eleccion.

ISABEL. Don Damian, usted será
como tutor excelente;
pero no como marido.

DAMIAN. Basta: usté es el preferido, (Á Cárlos.)
(Á Isabel.)
hace usted perfectamente.

PEPA. (Á Amadeo.)
Perdone usted, caballero;
no acepté el dinero yo
que usted me ofrecia, no
porque me sobra el dinero,

que hoy están las bolsas lácias
y enjutas, que es un dolor.

AMADEO. (Dándole dinero.)
Ay, tome usted.

PEPA. No señor.
(Tomando el dinero.)
Vaya, bien; pues muchas gracias.

CARLOS. Perdona, primo, lo que
te he causado á pesar mio.
(Á Damian.)
Y usted cuando vea al tio...

DAMIAN. Buenas cosas le diré.

CARLOS. Pues cuando le vea usté...

DAMIAN. Que es siempre á la hora que almuerza.

CARLOS. Encárguele usted que ejerza
poder sobre su sobrino,
que se ha vuelto un libertino!

AMADEO. Sí, un libertino á la fuerza.
(Al público y señalando á Cárlos.)
Señores, caí en sus redes;
¿les gusta á ustedes mi cara?
Yo creo que no es muy rara,
salvo la opinion de ustedes.
Público mio, tú puedes,
tomándolo muy á pechos,
devolverme mis derechos
y dejar probado aquí
que soy bueno, porque sí,
con la cara y con los hechos.

FIN.

ADICION

AL CATÁLOGO DE 1.° DE OCTUBRE DE 1873.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Torrigiano....................	1	Luis Montoto y Velilla Rodrignez..	Todo.
La cara y los hechos...............	1	Ricardo de la Vega.............	»
ZARZUELAS.			
La copa de plata..................	2	Perillan Buxó, Pastorfido y Pina Dominguez..................	3.ª p.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.